

DEL DOLOR DE LA GUERRA

Poblado destruido¹

Ya hemos ido a Nador... Cuando hace apenas un par de semanas la cañonera que nos llevaba a la Restinga se aproximó a su costa, tuve un sentimiento de infinita pena por no abordarla. ¡Qué alegría si entrásemos!, pensé, mientras forzábamos la máquina para evitar las balas, que ya habían llegado a rebotar en las planchas del blindaje. Sin embargo, no es alegría lo que experimento hoy al entrar en el poblado que ocuparon los moros.

¡Cuánta ruina, cuánta desolación, cuánta tristeza en lo que fue como una ciudad de juguete, tan cuidada y tan bonita! No hay idea de la seña destructora con que han procedido sus dominadores. Nada en las paredes ni en los suelos está incólume, pues piedra a piedra, ladrillo a ladrillo, desde el pavimento a los muros, todo ha sido roto. Es cual si hubiesen querido en las modernas construcciones poner los sellos de una vieja barbarie, que nada nuevo tolera. Han vengado así el que sustituyésemos con un limpio poblado el sucio aduar de Nador.

Y en las calles desempedradas y en las casas destruidas están las huellas del saqueo y de la matanza. Con horror se reconocen a cada paso. Ese jirón de vestido... Esa mancha de sangre... Aquí y allá, ¡lo mismo siempre! En aquel armario, con las puertas forzadas, hubo un robo. En aquella esquina, desconchada a balazos, se cometió un homicidio. Sobre aquellos colchones en montón, hundidos, machacados, una violación tuvo lugar.

¡Lo irreparable! No es lo más horrible del pueblo destruido la propia destrucción del pueblo. No, ciertamente. Ni el cuartel forzado, ni la iglesia mancillada, ni la fábrica rota, con ser donde mejor se ve la magnitud del desplome, no horrorizan tanto como otras menos relevantes muestras. Porque resulta que el desplome de un pueblo, y aun el de una ciudad o el de una nación, se puede reparar. Nuevamente serán, fortificado, el cuartel, consagrada, la

¹ Teresa de Escoriaza: "Poblado destruido", *La Libertad*, 24 de septiembre de 1921, p. 1.

En la sección titulada "Del dolor de la guerra", Teresa de Escoriaza escribe como corresponsal de guerra enviada por el periódico para cubrir durante el mes de septiembre de 1921 la guerra del Rif en el norte de África; la escritora ofrece un conjunto de artículos en los que expresa su visión personal sobre la guerra, sus circunstancias, sus consecuencias y su barbarie desde el centro del conflicto bélico.

En este artículo, Escoriaza describe la destrucción, la brutalidad y la desolación que percibe al entrar en Nador después de ser destruida por el ejército tras varias semanas de asedio. Todos los desastres y tribulaciones causadas por la guerra son resumidas en la destrucción de una casa y en una solitaria cuna centro de la felicidad de una familia ahora destrozada por el horror de la muerte y de la guerra.

iglesia, y la fábrica reconstruida. Pero ¿y las víctimas que al par sucumbieron?... Para ellas no hay reparación posible.

Mientras otros van examinando los «grandes daños» yo rebusco los que acaso se consideran daños pequeños. La estación quemada, con los rieles levantados y un tren caído; el paseo del zoco, donde la espléndida arboleda se taló junto a las raíces, y el almacén de tabacos, cuyos depósitos abarrotados fueron saqueados. Sí, sí... Pero, ved, por ejemplo, esa humilde habitación.

Es la alcoba de una de esas casitas para obreros que habitó la familia de algún minero o empleado de las próximas explotaciones de Nizan. Y entre los restos del modesto ajuar, que por su pobreza despreciaron los asaltantes, ahítos de botín, hay una cuna volcada.

Todo el horror del poblado destruido lo concentro yo ahí. En esa cuna durmió un inocente niño y se inclinó sobre ella un padre cariñoso, mientras la mecía una tierna madre. ¿Dónde están ahora los tres? Acaso sea el padre uno de los muertos que nuestros soldados tuvieron que apresurarse a enterrar el mismo día de la reconquista porque llevaban dos meses insepultos, y tal vez sea la madre una de esas infelices cautivas que van arrastradas de kábila en kábila, sirviendo de pasto a toda la barbarie rifeña. En cuanto al niño... Si no le estrellaron la cabeza contra las peñas, lo arrojarían al agua.

Una familia destruida. Eso es la cuna volcada. Y por eso se encierra ahí todo el horror de la destrucción del poblado. Como se encerraría el de la destrucción de una ciudad o de una nación. No son mayores.

Teresa de Escoriaza
Melilla, 21 de septiembre.